

No es este tu reino

ESTHER VILLAFUERTE CUENTAS

Universidad Nacional de San Agustín
didimusa30@gmail.com

¶ Creo que la poesía es ensayo, prueba, experimento, indagación interminable, una búsqueda que nos debe llevar a conocer lo más íntimo y profundo de nosotros mismos, de lo contrario estaríamos limitándonos a la descripción, a lo externo de las cosas, a la simple forma que afecta nuestros sentidos, y no estaríamos dándonos cuenta de la esencia y el espíritu que envuelve a cada suceso, a cada objeto, a cada mirada que nos afecta”, sostiene Alfredo Herrera (Puno, 1965) para definir su vocación poética¹. Una plena conciencia de lo que significa la escritura de la poesía, asumida con la pasión de los auténticos actos de creación. Su mirada se proyecta sobre la evolución de la especie humana y, al mismo tiempo, lo sitúa como testigo de su tiempo.

No es este tu reino (2025), su más reciente poemario, se inscribe en la tradición de los grandes himnos que reflexionan sobre la historia de la humanidad, en los que se articulan con hondura los temas universales que han inquietado a pensadores y poetas: el tiempo, la memoria, la identidad, el poder, la vida, la muerte y, de modo particular, la condición de la mujer. Inspirado en el mito griego de Antígona –recreado por Sófocles y resignificado en la contemporaneidad– Herrera convierte esta figura en símbolo poético que trasciende épocas y culturas, y la enlaza con la memoria histórica andina y la resistencia femenina en América Latina.

El poemario se estructura en tres apartados: “Antígona canta”, “Antígona llora” y “Antígona recuerda”. La voz lírica del autor oscila entre vigilia y el sueño, y entabla un diálogo con Antígona: presencia espectral y, al mismo tiempo, tangible, portadora de una ética de resistencia que se manifiesta en el canto, el dolor y la memoria. Así, el mito se proyecta como alegoría contemporánea: “[...] / pues yo soy Antígona en



No es este tu reino

Alfredo Herrera

Editorial Navaja Corte & Confección

Iquique, 2025, 58 pp.

este nuevo siglo / y camino y sigo caminando / como si caminara en círculos buscando a mis padres, / hermanos, hermanas, esposas, hijos, hijas, plantas, / flores, gatos, perros, amigos, amantes, estudiantes, / libros, fotografías, canciones, trenes, puentes, / selvas, cucharas, zapatos, cartas, poemas.” (p. 48).

En la primera parte, “Antígona canta”, el destino trágico de la heroína se enlaza con los ecos de la memoria andina. La intertextualidad entre el mito y los símbolos peruanos –sikuris, mujeres exiliadas, el mar, la cordillera– permite que la voz de Antígona dialogue con lo ancestral y lo colectivo. La poesía se convierte en marcha y ritual en la que confluye la historia y el presente, el mito y la resistencia. Herrera recurre al mar como metáfora de sabiduría, pero también al desierto, a los bosques y llanuras: paisajes en los que se escucha una voz que a su vez contiene todas las voces, configurando un canto que recorre la historia y se instala en el mundo contemporáneo.

En “Antígona llora”, la tragedia alcanza intensidad. El dolor se transforma en llanto, y el llanto en potencia ética. Aquí Antígona se funde con figuras como Micaela Bastidas y María Parado de Bellido, mujeres que encarnaron sacrificio, desobediencia y resistencia frente al poder tiránico. La voz poética revela que el llanto no significa derrota, sino afirmación de memoria y acción; no es pasividad, sino fuerza política y espiritual. En este apartado, género y resistencia se dan la mano como reclamo de justicia y cuidado, mientras Tiresias –ciego ante su propio destino– simboliza la limitación de una ley única frente a la pluralidad de voces femeninas. La invocación repetida –“pues yo soy Antígona en este nuevo siglo” (p. 48)– funciona como estribillo que sostiene la memoria y la vigencia de la heroína, y recuerda que su búsqueda de justicia se renueva en cada época y geografía.

En “Antígona recuerda”, la memoria histórica se despliega como huella colectiva. El desmembramiento corporal de la protagonista se convierte en metáfora de identidades heridas por la violencia, pero persistentes en su voluntad de recomposición. La poesía actúa como vehículo de reconstrucción y ética compartida: “[...] / Cada quien ejerce la palabra sin permiso de nadie, / Creonte ha escapado, gobierna su exilio.” (p. 49). O cuando dice: “[...] / Hay una canción en la mañana que lo cuenta / todo, lo dicta todo, lo llora todo, y todo lo vomita.” (p. 55).

En la plenitud de la madurez creativa, Alfredo Herrera propone una ética del creador contemporáneo que convierte la palabra en instrumento de resistencia, memoria y espiritualidad. Su Antígona demuestra que la poesía no es solo canto estético, sino compromiso con la verdad, incluso cuando esa verdad hiere. La figura de Antígona se resignifica como emblema de resistencia femenina y memoria colectiva, y se proyecta como fuerza ética que atraviesa siglos y geografías hasta instalarse en el corazón del mundo contemporáneo.

¹ En *Poesía sur peruana de los 80. Homenaje a Luzgardo Medina Egoavil* (2017). Lima: Ministerio de Cultura, p. 205.